

## Para leer a Guillermo Valencia después de Guillermo Valencia

**FELIPE GARCÍA QUINTERO**

Universidad del Cauca

### RESUMEN

El autor se propone leer al poeta colombiano Guillermo Valencia al margen de la pasión que su credo parnasiano y su rol de hombre público despertaron en un primer momento, y del odio posterior de sus opositores estéticos y contradictores políticos –que lo acusan de posturas conservadoras y aristocratizantes. Su obra literaria y su obra política han sido leídas de manera que la una justifica a la otra, y viceversa. El autor defiende el aporte de Valencia a la modernidad literaria colombiana como traductor y difusor de poesía alemana, inglesa y francesa, así como de obras en chino y árabe. Plantea también que su obra poética debe estudiarse en función de sus logros en el lenguaje, y del vínculo que representa entre la tradición poética colombiana y la producción actual.

**PALABRAS CLAVE:** Poesía colombiana; crítica literaria; parnasianismo; modernismo; oratoria; política y poesía.

### SUMMARY

The author aims to read the Colombian poet Guillermo Valencia at the edge of the passion that his Parnassian creed and his role as a public man initially aroused, and of the hate that would come later from his aesthetic opponents and political opponents, who accused him of assuming conservative and aristocratic postures. His literary and political work has been read in such a way that one justifies the other and vice versa. The author defends Valencia's contribution to Colombian literary modernity as translator and diffuser of German, English and French poetry, as well as works in Chinese and Arabic. He also suggests that his poetic work ought to be studied based on his achievements in language, and of the link, which is represented between Colombian poetic tradition and current production.

**KEY WORDS:** Colombian poetry; literary critic; Parnassian; modernism; oratory; politics and poetry.

## I

LA POESÍA DE Guillermo Valencia (1873-1943) fue el canon que reguló el comportamiento estético de la poesía colombiana durante la primera mitad del siglo XX. Tal vez el inicio del rompimiento con la hegemonía de su obra, como de su imagen de hombre público, y la declaración abierta de esa ruptura, sea el capítulo histórico de 1941 que tuvo como hecho central la polémica protagonizada por el entonces joven poeta Eduardo Carranza, quien publicó un feroz ataque contra Valencia titulado «Bardolatría».<sup>1</sup>

Desde 1898, fecha de recibo de la primera edición de *Poesías*, que al año siguiente y con nuevos poemas se tituló *Ritos*, las obras poéticas de Guillermo Valencia –la propia y la por él traducida– han tenido distintas manifestaciones de recepción que podemos ubicar en dos extremos irreconciliables, caracterizado el primero por el sentido acríptico y la sobrevaloración que de ello deriva, junto al desprecio alimentado de prejuicios. Son estos los bordes que intento ligar en la propuesta de lectura que a continuación presento.

La primera de estas maneras de leer a Valencia, que funda y mantiene aún viva la leyenda de su nombre en un ámbito cada vez más reducido, se sustenta en una devoción idolátrica, como lo prueban, entre otras muchas manifestaciones de aprecio superlativo, la descripción de Alberto Duarte French,<sup>2</sup> cuando publica una aproximación biográfica<sup>3</sup> que lleva por título el nombre del poeta, y que ilustra a la perfección el lujo propio que caracterizó al auténtico modernista, para quien la belleza estética designaba un gusto social de distinción.<sup>4</sup>

- 
1. Vicente Pérez Silva, «La Bardolatría y una polémica sobre el caracol y los cangrejos. Una polémica sobre la poesía de Guillermo Valencia», en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. 17, Bogotá, 1980.
  2. Cfr., Alberto Duarte French, *Guillermo Valencia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1973, p. 43. [Primera edición: Bogotá, Editorial Jotade, 1941].
  3. Bajo el mismo efecto de devoción, una biografía abreviada la ofrece Benigno Acosta Polo en *La poesía de Guillermo Valencia*, Barranquilla, Imprenta Departamental del Atlántico, 1965, pp. 17-37. Por su parte, Óscar Echeverri ofrece una cronología de la familia del autor, más otra de la época comprendida de 1873 a 1943, en *Valencia*, Madrid, Compañía Bibliográfica Española, Colección «Un autor en un libro», 1965, pp. 11-55.
  4. Cfr., Octavio Paz, *Los hijos del limo*, Barcelona, Seix Barral, 1974.

Los salones más aristocráticos lo vieron pasearse con el desembarazo del caballero consumado que había en él. Señorial estampa, realizada por el frac elegantemente llevado; negra y nutrida cabellera; dilatada frente, que denuncia múltiples y óptimos talentos; ojos vivos, de llameante brillo; delgada nariz olfativa de aletas trémulas; espeso y bien cuidado mostacho; labios belfos y sensuales; mentón amplio y fuerte, que pregonaba una dominante voluntad; marfileña tez; rostro armonioso y distinguido óvalo; menu-do y seguro caminar; cuerpo de proporción lograda; engoladas maneras de refinado cortesano; gesto apenas sonreído; noble el ademán; desenvueltos los movimientos del triunfador de la palestra; y delicada palabra para galantear a las damas.

En el libro *La historia de la poesía colombiana*, J. Eduardo Jaramillo Zuluaga<sup>5</sup> recuerda los apelativos que el poeta recibió: «Valencia no solo fue considerado nuestro varón poético; fue llamado también varón nietzscheano, varón renacentista, señor feudal, príncipe natural, príncipe italiano, hombre superior y maestro de Popayán y de Colombia».

Ahora bien, frente a la imagen idílica de poeta immaculado, que imperó hasta poco más de mediados del siglo pasado, y como efecto de recepción de las nuevas generaciones de lectores y críticos, encontramos el testimonio reiterado de repudio a todo aquello que evoque su nombre y su obra. El gran señor que fuera Valencia ha perdido su significado de respeto y orgullo para ser «la vergüenza pública», declarada en 1981 por Gabriel García Márquez.<sup>6</sup>

Si la primera valoración de la obra del poeta de Popayán se produjo bajo los efectos de una pasión, sostenida tanto en la ilusión del idilio estético como por la influencia de su fuerte personalidad de hombre público, ligado al Partido Conservador del que fue candidato presidencial derrotado en dos

---

5. J. Eduardo Jaramillo Zuluaga, «Guillermo Valencia», en *Historia de la poesía colombiana*, Bogotá, Ediciones Casa Silva, 1991, p. 227.

6. «Cuatro horas de comadreo literario con Gabriel García Márquez» se intitula la entrevista de Juan Gustavo Cobo Borda incluida en su *Historia portátil de la poesía colombiana* (Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1995, p. 473), en la que el escritor colombiano sostiene que «Al releer, años después, a Guillermo Valencia, comprendí que era una figura completamente inflamada, una vergüenza pública, de la cual no se salva ni un solo verso». Esta opinión más emocional que crítica, se mantiene como un sentimiento de desafecto manifestado antes y después del año de su declaración. Ver al respecto las columnas periodísticas de enero, marzo y mayo de 1950 (*Textos costeños. Obra periodística 1*, Bogotá, Norma, 1997, pp. 106, 160, 169, 252-253). Sobre la polémica de Carranza y Valencia, García Márquez da su apreciación personal en sus memorias *Vivir para contarla*, Bogotá, Norma, 2002, pp. 106, 160, 169, 252-253.

oportunidades; el segundo momento de esta lectura da paso al odio y al resentimiento de contradictores políticos y de opositores del credo parnasiano que su obra encarna. Estas visiones resultan tan opuestas como desmedidas. La sensibilidad actual de la crítica se manifiesta como una respuesta tardía al exceso imaginativo que hizo del poeta y su obra un emblema nacional, especialmente de Popayán, su ciudad natal.

Antes de revisar textos recientes producidos en Colombia por la crítica sobre la poesía de Guillermo Valencia, cito una valoración de Armando Romero que ejemplifica el carácter del revisionismo sobre el autor de Popayán:

Valencia vendría a imponer un tipo de poesía decorativa, de corte académico, acaso purista donde el culto de las formas destruye todo elemento vital. Más que un poeta modernista, Valencia es un parnasiano dentro de la línea de José María Heredia. En él la artificialidad arquitectónica no deja rendija para la sorpresa. Representante de la línea clásica que se enfrentaba al romanticismo, Valencia tiene una helada capacidad para matar toda vida en el poema, dejándonos los mármoles fríos de musas y diosas griegas y romanas; además, su nihilismo nietzschiano y su anarquismo más bien parroquial, es solo la máscara de una postura estética o la necesidad de ofrecer una fachada deslumbrante a su ideología hispano-católica y conservadora.<sup>7</sup>

Resulta interesante apreciar cómo los valores estéticos del modernismo hispanoamericano, que se exaltan en otros autores, incluso menos notables, son ahora objeto de crítica en Guillermo Valencia. El siguiente caso ilustra el presentismo como método de lectura del pasado, cuando al desconocer o ignorar el contexto histórico y cultural de una obra, además de las circunstancias vitales del creador, se realizan ejercicios valorativos fulminantes bajo criterios y categorías inapropiadas. Al final del libro *Fin de siglo y modernidad. Ensayos sobre el Modernismo en Colombia*, David Jiménez Panesso<sup>8</sup> (1994: 242) anexa un apéndice constituido por un conjunto de fichas sobre autores colombianos y extranjeros relacionados con el modernismo nacional, ya en calidad de autores, creadores o lectores, al que llama «pequeño diccionario

---

7. Armando Romero, *Las palabras están en situación*, Bogotá, Procultura, 1985, p. 31.

8. David Jiménez Panesso, *Fin de siglo y modernidad. Ensayos sobre el modernismo en Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura / Universidad Nacional de Colombia, 1994, p. 242.

del ‘fin de siglo’ colombiano», dentro del cual se resume el sentimiento actual de desdén hacia Valencia:

### **GUILLERMO VALENCIA**

Traductor de D’Annunzio, de Baudelaire, de Verlain y Mallarmé, de Hoffmannsthal y George, de Wilde, de Goethe y de poesía china leída en francés. En otro tiempo fue el indiscutible, el maestro, el bardo por excelencia. Hoy le quedan pocos, algunos muy buenos, defensores. Enamorado de su abolengo, de sus perros de caza, de su aureola de gran señor, dio a la poesía un lugar decorativo en ese mobiliario. Y la poesía tomó venganza, disecando casi todas sus estrofas que han ido quedando como mariposas en las páginas de las antologías, aún con colores pero sin vida.

Entre la lisonja y el desprecio, y sin un punto de equilibrio, el movimiento de recepción de la poesía colombiana oscila sin cesar entre el amor fingido y el odio del prejuicio. No obstante, frente a los aduladores del poeta payanés y la inquina de otros lectores, la poesía de Guillermo Valencia mantiene viva la polémica de su vigencia, hasta el punto proporcional de ver reducido sus lectores nacionales y ampliar la audiencia internacional que lo registra en las más importantes historias, estudios y antologías de la poesía hispanoamericana.<sup>9</sup>

Se ha señalado el anacronismo estético de Valencia, dado un presunto envejecimiento de su obra que no penetra el siglo XX, ni es permeada por el humor, la ironía o el coloquialismo, las corrientes internas antimodernistas que surgen al seno del modernismo de la segunda generación a la cual perte-

---

9. Ver el aparato crítico seleccionado por Hernán Torres, edit., *Estudios. Edición en homenaje a Guillermo Valencia (1873-1973)*, Cali, Carvajal, 1976, pp. 405-420. Entre los numerosos estudios críticos se destacan los de Iván A. Shulman, Eugenio Florit, Otto Olivera, Robert J. Glickman, Alan S. Trueblood, Dianne Coon de Torres, Sonia P. Karsen, Rufino Blanco Bombona, Enrique Díez-Canedo, Pedro Enríquez Ureña, Andrés Holguín, Germán Espinosa y Enrique Anderson Imbert, quien dijo que «Con corazón de romántico, ojos de parnasiano y oído de simbolista Valencia ofreció un mundo poético diferente al de sus compañeros». (E. Anderson Imbert, «Guillermo Valencia», en *Historia de la literatura hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, vol. 1, 1967, p. 386). Otra importante fuente bibliográfica la proporciona Juan Gustavo Cobo Borda en su *Historia portátil de la poesía colombiana*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1995, pp. 303-309, que documenta la inclusión de poetas colombianos en antologías de poesía hispanoamericana del siglo XX, donde Valencia ocupa un lugar destacado.

nece el poeta de Popayán por cronología personal y editorial, menos aún por la ruptura radical que establece la vanguardia con la tradición literaria. Por ello, la obra en verso de Guillermo Valencia resulta una poética alejada de la sensibilidad contemporánea, por ser ajena a la realidad escindida de la modernidad. Además, baste anotar que en el momento de mayor vigencia en el país, Rafael Maya<sup>10</sup> dijo de la poesía de Valencia que ésta era a su parecer lo menos americano o colombiano de la literatura nacional. Dicha condición hizo que pronto fuera objeto de duras críticas sobre la vocación exógena de su obra. Y bajo tal auto-advertencia acomete luego la escritura de dos poemas emblemáticos para la identidad cultural de su ciudad: *A Popayán* y *Alma Mater*,<sup>11</sup> que a juicio atinado de Maya son de reparación patriótica, propio de la visión americanista legada por José Martí.

Cabe anotar en este punto que las valoraciones críticas del carácter exógeno de la poesía parnasiana de Valencia, permiten comprender en parte la desfiguración del modernismo en Colombia, a manos de una visión raizal de una estética caracterizada por la apertura cultural, la restauración del pasado, la resurrección de lo perdido y la transformación de lo ajeno, con que se sintetiza la naturaleza ecléctica del modernismo hispanoamericano.

Si la realidad cambió la recepción de Valencia, al pasar del elogio al insulto, se puede hacer del revés histórico sufrido una lectura que proponga una valoración libre ya de las pasiones suscitadas al seno de los intereses literarios y políticos que animaron la primera mitad del siglo XX en Colombia y que definieron el canon literario, ahora en revisión. Para ello, estimo necesario pasar revista a los planteamientos surgidos al seno del debate sobre su obra poética, pues al encontrar afirmaciones como la citada a continuación, donde se juzga equívocamente el legado de Valencia como un lastre, por considerarla un retroceso en el camino hacia la modernidad literaria de un país tradicionalmente conservador en todos sus órdenes. Afirma David Jiménez Panesso:

Después de un momento de breve intensidad, representado por Silva, la poesía colombiana regresa, con Valencia, al plano meramente literario y cancela toda aventura de trascendencia. Por un instante, Silva había logra-

---

10. Rafael Maya, *Obra crítica*, t. II, Bogotá, Banco de la República, 1982, p. 121.

11. Ambos poemas son la fuente literaria de la pintura «Apoteosis de Popayán» de Efraim Martínez (1897-1956), obra que ubicada en el paraninfo de la Universidad del Cauca ilustra el imaginario letrado de la élite republicana (Cfr. García Quintero, 2003: 39-71).

do, con solo un puñado de poemas, una difícil síntesis entre la poesía como «Arte» y la poesía como experiencia vital. Había asumido la poesía como una pasión intensamente vivida y sabía, por Baudelaire, que una pasión así tiende a volverse exclusiva y a devorar todo lo demás. Valencia torna a ser lo que fue casi siempre el poeta entre nosotros: un hombre «público» que se «engalana» con las «nobles vestiduras» del arte.<sup>12</sup>

Nos preguntamos entonces si ¿la obra de Valencia se constituye en el atraso de la poesía moderna en Colombia?

## II

No es hora, desde luego, para juzgar con criterio secamente objetivo y analítico la producción poética de un hombre cuya memoria permanece viva entre los colombianos, y que todavía suscita entusiasmos idolátricos y adhesiones entusiastas que no tuvieron, ni en vida ni en muerte, otros colombianos ilustres,

escribió Rafael Maya<sup>13</sup> en uno de los primeros ensayos de balance crítico sobre Valencia publicado hacia 1958. Considero que hemos llegado al momento histórico propicio para dar la valoración justa, real y madura sobre el significado de la obra de Valencia, pues luego de cuatro décadas del deceso del poeta de Popayán, tal vez ésta sea la pausa que nos lleve al orden crítico.

Se ha dicho que la vida de Guillermo Valencia se escindió entre la del poeta y la del hombre público, y que al cabo de los días, tanto la leyenda de su nombre como la de su obra literaria y política, se fundieron en el significado que tanto afectó a la sociedad colombiana, bajo una tradicional estrategia de unir la gramática y el poder.<sup>14</sup> Este aspecto ha sido visto como el motivo que determinó el desarrollo de una obra poética precoz, pero abandonada tempranamente y solo vuelta a ejercer de manera esporádica, aunque abundante, y bajo el efecto de ciertas circunstancias de tipo social.<sup>15</sup> Al res-

---

12. D. Jiménez Panesso, *Fin de siglo y modernidad. Ensayos sobre el modernismo en Colombia*, p. 201.

13. R. Maya, *Obra crítica*, t. II, p. 105.

14. Cfr., Malcolm Deas, *Del poder y la gramática*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1993, pp. 25-60.

15. Su obra poética original lleva por título *Ritos* (Bogotá, 1899), que ampliada considerablemente con poemas originales como de nuevas traducciones, fue editada en Londres

pecto de este fenómeno, Fernando Charry Lara sostiene que «no parece equivocada la presunción de que, tanto las dignidades públicas como la permanente política partidista, restringieron notoriamente su actividad poética». <sup>16</sup> No obstante, ambas labores –la poesía y la política– ejercidas al interior de su personalidad fueron asumidas por él sin declarar una pugna irreconciliable entre arte y vida. Esta división que ahora señalo, durante mucho tiempo fue interpretada como la unidad perfecta que hizo de su nombre el mejor y más popular de los poetas colombianos, <sup>17</sup> tanto en el país como en el exterior, y también el político más destacado por su capacidad oratoria, cuyos discursos completos editados en 1973 por el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá acompañan algunas de las ediciones de su obra poética. <sup>18</sup>

Poesía y política fueron entonces el aire que inhaló y expiró Valencia para la historia literaria y social de Colombia. La recepción de su obra ha sabido mezclar estos aspectos para manipular a su antojo la valoración, de acuerdo al interés del caso. En calidad de devotos epigonales, una amplia población de lectores encontró en su vida pública el significado que no pudieron leer en su obra. Tanto los elogios fáciles y los conceptos críticos sesgados por la lisonja, dedicados a un hombre público importante, sufrieron de manipulación. Otros lectores como Rafael Gutiérrez Girardot y, en especial, sus contradictores políticos y estéticos, encontraron razones para criticar su obra a la luz de su fracaso político, como por su adhesión «al régimen señorial de tercetos hábitos monárquicos». <sup>19</sup> Así se lo ha leído: justificando en el poder político la influencia de su obra, y en ésta la debilidad de su carrera pública. ¿Podemos acusar a Valencia de sacrificar la poesía por el poder político?, o

---

en 1914. Esta edición fue la que popularizó su nombre en el ámbito hispanoamericano. Un capítulo esencial de su trayectoria literaria lo constituyen las traducciones de poetas franceses, alemanes e ingleses, adenda de *Katay* (1929) una versión en romances castellanos de poesía china y de temas árabes.

16. Fernando Charry Lara, «Guillermo Valencia», en *Manual de literatura colombiana*, Bogotá, Planeta / Procultura, 1993, p. 627.
17. «En 1941 el diario *El Espectador* (de Bogotá) realizó una encuesta acerca de cuál era el poeta más popular de Colombia. Valencia ganó por una amplia mayoría: el 46 por ciento. Le seguían Porfirio Barba-Jacob y Eduardo Carranza con apenas un 9,5 por ciento» (J. G. Cobo Borda, *Historia portátil de la poesía colombiana*, p. 46).
18. Cfr., Guillermo Valencia, *Poesías y Discursos*, Madrid, Ediciones Iberoamericanas, Biblioteca de autores hispanoamericanos, 1959.
19. Rafael Gutiérrez Girardot, «La literatura colombiana en el siglo XX», en *Hispanoamérica: imágenes y perspectivas*. Bogotá, Temis, 1989, p. 348.

peor aún, ¿de utilizarla para construir y mantener vigente una imagen pública? Al respecto sostiene Armando Romero (1985: 32): «La influencia de Valencia, que dominaba como literaria, es en verdad política».<sup>20</sup>

Para quienes piensan que en Valencia se perdió el poeta frente al hombre público, esta consideración hizo del lamento por lo abandonado la razón para acallar cualquier intención valorativa de su no tan escasa obra poética,<sup>21</sup> aspecto a tener en cuenta para emprender un nuevo estudio que incluya, además de los poemas de madurez del autor, una reflexión sobre su aporte a la modernidad literaria en Colombia como traductor, dado que la difusión en castellano de la poesía europea, china y árabe se debe a sus versiones celebradas como incomparables.

Los pocos que han sabido leerlo no alcanzan, sin embargo, a dar con la plena dimensión de su obra, porque ven en Valencia a un poeta del pasado, cuya lectura debe realizarse bajo la premisa esencial de todo objeto histórico, producto de un tiempo y un espacio cultural específicos, que cobra valor solo en su contexto, porque fuera de éste resulta ajeno y extraño al mundo que lo interpreta. Al respecto ha dicho Fernando Charry Lara: «*A Ritos* debe entenderse en su medio, en su tiempo y en su estética».<sup>22</sup> Si atendemos esta pertinente recomendación, vemos que la lectura actual de la poesía de Valencia es una lectura presentista, es decir; ese procedimiento que juzga la obra de arte del pasado con los elementos del hoy. Volver a Guillermo Valencia supone transitar sobre un suelo sembrado de certezas y conclusiones que ameritan ser revisadas, tales como su adhesión total y exclusiva con el esteticismo parnasiano de *el arte por el arte*, y la tensión interna que ello suscita entre estética y creencia religiosa; la frialdad marmórea de sus versos como prueba de una actitud aristócrata de la vida; lo exógeno del léxico y las referencias culturales; el pensamiento político de cuño conservador, entre otros muchos aspectos aún en espera de discusión.

Otro de los factores de recepción que contribuyeron a distorsionar la obra de Valencia, en el sentido paradójico de impedir un acercamiento franco con el lector, es la ascendencia de su nombre sobre la vida social, cultural

---

20. A. Romero, *Las palabras están en situación*, p. 32.

21. La primera edición de las obras poéticas completas de Valencia (Madrid: Aguilar, 1948) reúne, entre producción propia y traducciones, un total de 870 páginas. A esta edición mal compilada y con erratas, sucedieron dos más, ya corregidas, en 1952 y 1955.

22. F. Charry Lara, «Guillermo Valencia», en *Manual de literatura colombiana*, p. 631.

y política de Colombia y, particularmente, de Popayán. Para el último caso, subraya Rafael Maya,<sup>23</sup> el efecto vivido en su ciudad natal: «la provincia empequeñeció a Valencia». Es preciso que esta frase sea leída en su sentido amplio. El destello del político, del poeta, el orador, el traductor, el humanista cegó la mirada crítica de sus contemporáneos, quienes fascinados por su poderosa imagen, sin contradictores de su misma estatura, fueron quienes con su admiración desmedida pusieron un manto de luz sobre su obra, hasta el grado de desconocerla o tergiversarla. Nace entonces la leyenda que Valencia alimentó con sus días, para terminar en el mito hoy pisoteado. Porque la fuerza de imaginación que se necesitó para afectar a una sociedad toda es la misma fuerza hoy debilitada, y que poco a poco ha ido reduciendo su magia para concluir en el desencanto que da lugar al desprestigio actual, sin ninguna correspondencia con el esplendor del pasado. Germán Espinosa (citado por Jiménez) lo dijo sin comparación: «(A Valencia) se le hizo objeto de la deificación más sumaria, para proceder luego en él al más sumario también de los deicidios».<sup>24</sup>

Popayán, la misma ciudad amada cuyos estamentos tradicionales y elitistas veneran al poeta con un fervor místico inmarcitable, no logró hacer de su nombre y de su obra la verdadera memoria literaria que corresponde al más importante poeta colombiano del período, porque no hubo ni el esfuerzo ni la voluntad de pensar su significado bajo una lectura crítica. Del poeta impera sobre todo su prestigio político, valga agregar, ya vencido. Acaso Popayán nunca conoció a Valencia, y su apellido que da nombre a varios sitios emblemáticos de la ciudad, evocan más un recuerdo de época, de aquella edad dorada que la tradición letrada del emporio colonial dejó luego de su ruina como una marca identitaria, para un presente que solo adquiere sentido por el valor consagrado al pasado.

Un error fatal de perspectiva es aquella lectura que confunde, porque así lo quiere ver, al hombre estético con el hombre histórico. Para el caso Valencia, se han leído en los excesos de la personalidad los defectos estéticos, como criterio a priori para apreciar su obra, lo cual tonifica el argumento del repudio de gran parte de la crítica adversa. El otro acto de confusión es el

---

23. R. Maya, *Obra crítica*, t. II, p. 107.

24. D. Jiménez Panesso, *Fin de siglo y modernidad. Ensayos sobre el modernismo en Colombia*, p. 220.

hecho de ver en su linaje,<sup>25</sup> tanto en su prestigio y poder públicos, la importancia de su obra literaria. Esta equívoca asimilación de valores ha terminado por desfigurar al personaje, volviéndolo objeto de toda suerte de alucinadas ensoñaciones históricas y de enañadas críticas a una personalidad ególatra.

Comprender el credo estético de Valencia en relación con el sentido histórico de su época y ahora de la nuestra, hace recordar que para discutir tanto la aceptación sin cuestionamientos como el rechazo a priori ya comentados, se debe empezar por reconocer en Valencia la afirmación de creer y defender una poética sin ambigüedades. Al respecto anota Rafael Maya (1973: 150): «el mundo, para él, solo existió como belleza».<sup>26</sup> Por ello, tal vez, el universo de su poética no esté regido por la afinidad o semejanza de una sensibilidad hoy distante del valor dado antes a lo bello, pues no se comparte el sentido de belleza en el grado extremo de regir el orden vital de la existencia que ama el lujo verbal como respuesta al burdo, vulgar y efímero suceder de los días. La realidad histórica de la modernidad ha dado un golpe de revés al estatuto estético de Valencia: vivimos en el lado oscuro donde lo bello y sus formas corresponden a otros valores, ajenos o distintos de los motivos del arte clásico.

Guillermo Valencia puso su vida al servicio de una estética literaria, de un dogma religioso y de un credo político. Hoy se pide al poeta que el arte, la religión y la política sirvan a la vida. Considero que este cambio de pensamiento, y su exigencia como principio normativo de valoración, no ha permitido el diálogo con su obra. Este es uno de los reclamos principales que críticos de la poesía colombiana, como David Jiménez Panesso, le hace a Valencia,<sup>27</sup> por no haberse entregado con su vida toda y en su tiempo total a la poesía, por atender aspiraciones políticas y reclamos públicos.

Finalmente, creo que el actual proceso de lectura de la obra de Valencia, que ha conducido inexorablemente a la desmitificación de su nom-

---

25. La familia de Guillermo Valencia es descendiente de la Casa Valencia de España y también de Alfonso X (Cfr. Acosta Polo, *La poesía de Guillermo Valencia*, pp. 18-19). Su abolengo es legítimo conforme la genealogía ordenada por Miguel Antonio Arroyo pero inventado por Valencia según aparte de la novela *La eternidad y el olvido* de Víctor Paz (1993), ésta como contrarrelato literario de la hegemonía cultural que representa el poeta.

26. R. Maya, «Oración por Guillermo Valencia», en *Popayán*, año LXVI, No. 295, 1973.

27. D. Jiménez Panesso, *Fin de siglo y modernidad. Ensayos sobre el modernismo en Colombia*, pp. 201-220.

bre, no debe implicar ni mucho menos propiciar la destrucción de una obra que ha resistido embates tan fuertes como la progresiva pérdida de lectores, dado que al cabo de poco más de cuatro décadas sigue siendo uno de los más significativos momentos de la lírica nacional en el panorama hispanoamericano, y no solo como referente histórico, sino como línea de continuidad dentro de la tradición literaria de Colombia. Es innegable, por ejemplo, su influjo en la poesía de Porfirio Barba-Jacob. Su desprecio implica un retroceso histórico imperdonable por sustentarse en un error de perspectiva, cual es repetir las equivocaciones de los contemporáneos de Valencia, a quienes criticamos su falta de distancia y sentido analítico. El desdén manifiesto hacia su poesía no debe ser más el rito de olvidar el pasado, de negar la tradición ignorando una realidad por todos necesaria. La lectura revisionista de la literatura en Colombia no puede ser aquella que ve en sus verdades mal refutadas solo atraso y torpeza, error y culpa, ignorancia o desvío.

Dice Ezra Pound que la tradición es lo bello del pasado. De las «ruinas» victoriosas de Valencia se propone rescatar al menos uno de los elementos ausentes de la poesía contemporánea: la batalla humana desde el lenguaje, pues de la lucha cotidiana del hombre contra el hombre mismo, la poesía moderna como sistema crítico ha hecho de lo humano algo sin dominio propio, frente a la materia de su creación. Manifiestas la impotencia, la indiferencia o el recelo frente al lenguaje en los poderes perdidos de la palabra, el hombre contemporáneo se extravía en la escritura, a pesar de saberse un ser de palabras que no logra superar esta condición desfavorable por la incomunicación interior.

En la tradición de lengua española, Gustavo Adolfo Bécquer encarnó el problema del lenguaje como insuficiencia, cuando en la introducción sinfónica a las rimas refiere los poderes limitados de la palabra para comunicar el pensamiento. Una variable del problema la encarna, mucho antes, san Juan de la Cruz, cuando poetiza lo inefable. La duda moderna que corroe la piensa César Vallejo<sup>28</sup> en dos poemas, cuyos versos más emblemáticos dicen: «Quiero escribir, pero me sale espuma! Y si después de tantas palabras, / no sobrevive la palabra!». El problema de la insuficiencia del lenguaje como crítica del mundo, la realidad y la existencia del hombre moderno es un eje temático que estructura la poesía latinoamericana del siglo XX, desde el

---

28. César Vallejo, *Obra poética completa*, Bogotá, Ediciones Letra Latinoamericana, 1979, pp. 214-227.

modernismo fundado por Martí, Silva y Darío, pasando por la poética de las vanguardias –aquí la obra de Huidobro sería el cénit del período– hasta tocar las más recientes manifestaciones de la poesía joven.

La perfección formal y pulcritud expresiva como valores en desuso que ahora son objeto de crítica, la adjetivación precisa que admiró Alfonso Reyes<sup>29</sup> en una carta de 1941, sus creativas traducciones e incluso sus piezas de oratoria política, son manifestaciones del poder humano sobre su expresión que hacen de Guillermo Valencia un grande poeta. Expresión que escapa al dominio de lo moderno cuando la imperfección, lo bizarro y escindido son los nuevos ámbitos en donde el arte se instaura. Superado el sentido y el valor de lo bello tradicionales, la poética de Valencia representa, más allá de un concepto limitado por una estética, el lugar donde la vida del pasado cobra también sentido en el presente.

Valencia triunfa en la batalla que el hombre contemporáneo pierde a diario frente al lenguaje. Cuando el poeta aprende de su tradición el dominio del lenguaje no imita modelos –porque repetir es olvidar– sino para asimilar sus valores, a través del trabajo crítico de leer. Ese es el tipo de lectura que le debemos a autores como Guillermo Valencia, porque se constituye en vínculo real que ata nuestro tiempo con la tradición. Puesto que sin lograr comprender el fenómeno estético de una obra poética del pasado, el sentido y significado del tiempo que encarna, hace de la percepción actual la única medida para evaluarlo, sin considerar que el tiempo contenido de la poesía se desplaza dentro de sí mismo, bajo las nuevas y variadas significaciones que suscita al transformarse con la sensibilidad del lector. El pasado de la poesía es tiempo en movimiento, el jarrón chino de T. S. Eliot que sigue moviéndose perpetuamente en su quietud.

---

29. Alfonso Reyes, «Perennidad de la poesía», en *La experiencia literaria*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 220.

## III

Después de Guillermo Valencia queda la tarea de leer la poesía de Guillermo Valencia. ❖

Fecha de recepción: 06 febrero 2007

Fecha de aceptación: 26 abril 2007

## Bibliografía

- Acosta Polo, Benigno, *La poesía de Guillermo Valencia*, Barranquilla, Imprenta Departamental del Atlántico, 1965.
- Anderson Imbert, Enrique, «Guillermo Valencia», en *Historia de la literatura hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, vol. 1, 1967, pp. 386-388.
- Cobo Borda, Juan Gustavo, *Historia portátil de la poesía colombiana*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1995.
- *Silva, Arciniegas, Mutis y García Márquez*, Bogotá, Biblioteca Familiar de la Presidencia de la República, 1997.
- Charry Lara, Fernando, «Guillermo Valencia», en *Manual de literatura colombiana*, Bogotá, Planeta / Procultura, 1993.
- Deas, Malcolm, *Del poder y la Gramática*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1993.
- Duarte French, Alberto, *Guillermo Valencia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura (Primera edición, Bogotá, Editorial Jotade, 1941), 1973.
- Echeverri, Óscar, *Valencia*, Madrid, Compañía Bibliográfica Española, Colección *Un autor en un libro*, 1965.
- García Márquez, Gabriel, *Textos costeños. Obra periodística 1*, Bogotá, Norma, 1997.
- *Vivir para contarla*, Bogotá, Norma, 2002.
- García Quintero, Felipe, «Crítica cultural de la pintura ‘Apoteosis de Popayán’ de Efraim Martínez», en *Visiones alternativas del patrimonio*, Popayán, Alcaldía de Popayán, Fundación La Morada, Editores Salvador Hernández Latorre y Zamira Díaz López, 2003, pp. 39-71.
- Gutiérrez Girardot, Rafael, «La literatura colombiana en el siglo XX», en *Hispanoamérica: imágenes y perspectivas*, Bogotá, Temis, 1989, pp. 347-416.
- Jaramillo Zuluaga, J. Eduardo, «Guillermo Valencia», en *Historia de la poesía colombiana*, Bogotá, Ediciones Casa Silva, 1991, pp. 221-229.
- Jiménez Panesso, David, *Fin de siglo. Decadencia y Modernidad*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura / Universidad Nacional de Colombia, 1994.
- Maya, Rafael, «Oración por Guillermo Valencia», en *Popayán*, año LXVI, No. 295, 1973.
- *Obra crítica*, t. II, Bogotá, Banco de la República, 1982.
- Paz, Octavio, *Los hijos del limo*, Barcelona, Seix Barral, 1974.
- Paz, Víctor, *La eternidad y el olvido*, Bogotá, Producciones Plaza y Janés, 1993.

- Pérez Silva, Vicente, «La Bardolatría y una polémica sobre el caracol y los cangrejos. Una polémica sobre la poesía de Guillermo Valencia», en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. 17, Bogotá, 1980.
- Reyes, Alfonso, «Perennidad de la poesía», en *La experiencia literaria*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, pp. 219-221.
- Romero, Armando, *Las palabras están en situación*, Bogotá, Procultura, 1985.
- Tejada, Luis, «Un poeta extraordinario», en *Suenan timbres*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1976, pp. 13-15.
- Torres, Hernán, edit., *Estudios. Edición en homenaje a Guillermo Valencia (1873-1973)*, Cali, Carvajal, 1976.
- Valencia, Guillermo, *Ritos*, Londres, Wertheimer, Lea y Cia, 1914. (Edición facsimilar, Cali, Carvajal, 1979).
- *Katay. Poemas orientales*, Bogotá, Librería colombiana Camacho & Compañía, 1929.
- *Obras poéticas completas*, Madrid, Aguilar, 1948.
- *Poesías y Discursos*, Madrid, Ediciones Iberoamericanas, Biblioteca de autores hispanoamericanos, 1959.
- Vallejo, César, *Obra poética completa*, Bogotá, Ediciones Letra Latinoamericana, 1979.